

Dos portales de la India

Myriam Moscona

En estos dos fragmentos, la poeta Myriam Moscona utiliza la metáfora de los portales, uno en Delhi y otro en Calcuta, para transportarnos al universo de la India donde, atisbando el aura de lo sagrado, nos permite acercarnos a otra realidad.

A Margo

PUERTA DE DELHI

Residencia de la Embajada Mexicana. Los jardines son enormes, cuidadísimos con una huerta de brócoli, ejote, coliflor, lechuga. Al pie de la casa, aunque por el lado de atrás, ese árbol *nim*, sobreviviente de Octavio Paz, inmortalizado en *Cuento de dos jardines*, frondoso, enorme, lleno de energía. La gente se muere, los embajadores entran y salen. El árbol seguirá allí erguido con una bravura difícil de olvidar. El árbol de la noche triste y ese árbol *nim*, tan escuchados por una memoria desnutrada, que sin embargo elige sin preguntar. *Un jardín no es un lugar: es un tránsito.*

Y afuera, no muy lejos, los Lodi Gardens. Inmensos. Delhi con grandes avenidas, un tráfico menos insoportable que el de Calcuta (Kolkata para los indios) pero al mismo tiempo enloquecedor. Los monumentos de Delhi, grandiosos. Qutub Minar, alucinante torre del siglo XII, el Fuerte, la Mezquita Jama Mazjid con su enorme zócalo central al que sólo se llega a pie o en ricscho. Las calles se estrechan, los pitidos de la ciudad asustan. De pronto, lo inevitable. El chofer del *ricscho* donde voy montada se estrella contra una bicicleta. Ellos se caen. Nosotros quedamos colgando de la acera. Pienso de la forma menos zen: no en lo que pasó sino en lo que pudo haber pasado. Se me sale el corazón de ritmo pero luego vuelve a enlazarse en el templo jainita de Old Delhi. Las mujeres llevan semillas de arroz y lo depositan en el



Puente Howrah, 1953

© James Burke

templo. Una de ellas nota mi desconcierto y me abre la mano para darme un buen puño de arroz. Comprendo que debo depositarlo al pie de su maestro. Un jainita que habla inglés con acento británico me explica que es una de las religiones más antiguas del mundo, carecen de un principio teísta y se consideran cercanos al budismo aunque tienen sus diferencias. No usan prendas de cuero ni permiten que la gente lleve algún objeto de piel a sus santuarios. Algunos usan un lienzo para taparse el alien-to y cuidar la vida de los microbios mientras respiran. Revisan. Los zapatos se quedan afuera. Son extremadamente delgados. Por su veneración a la vida microscópica caminan de punta. Y allí, a un lado de su templo, han abierto una obra de caridad muy distinta a la de la madre Teresa: el Hospital de Pájaros. En el primer piso están los más enfermos. Son jaulas verdes, pasillos y más pasillos con animales lastimados. Sólo se admiten pájaros vegetarianos. No hay carroñeros ni rapaces aunque a mí me parece reconocer a un halcón. Los jainitas mantienen una perspectiva igualitaria de almas entre organismos vivientes, animales y seres humanos. Obviamente son vegetarianos pero tampoco consumen nada enterrado bajo tierra porque no cortan raíces, jamás una zanahoria, nabo, papa o camote. Un señor me aborda. *I am the bird's doctor*, me dice en su acento hindi. *Nice to meet you, doctor*. Me dice que debo subir a ver a los pájaros del último piso. Allí están los que casi han

sanado, los han ascendido más cerca del cielo. A la salida hay una caja llena de rupias: una caridad para los pájaros enfermos.

PUERTA DE CALCUTA

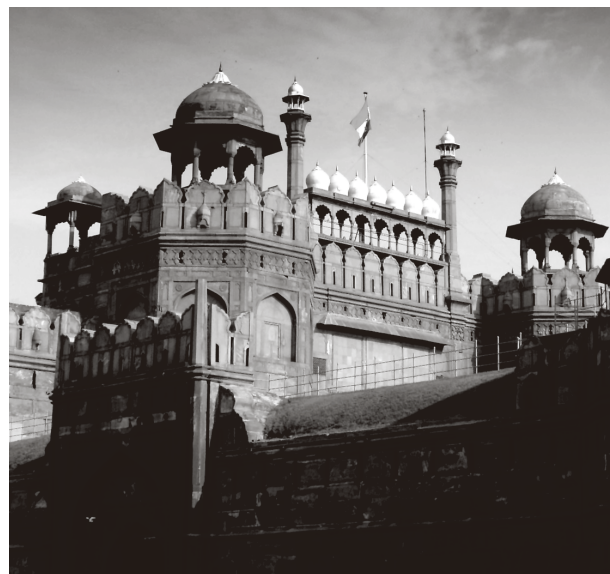
Please horn, blow horn escriben en su parte trasera con letras de colores los camiones. Hay una especie de lenguaje cifrado en ese perpetuo escándalo de bocinazos. Una tocada, dos golpes, tres al hilo o de plano pegarse al claxon. Se mezclan las motos, los coches, las vacas, el rebaño, la gente, las ricsho, los tuc tucs, todos en un carril. A veces parece que alguien viene de frente y acabará contigo pero casi siempre ocurre un milagro y la rifas por un pelo. Manejar en India es dominar el volante del mundo. Los mejores choferes de la tierra sortean su vida allí. Enseguida surgen historias delirantes. Krishna fuma mota para calmarse porque lo han hecho rabiar. ¿Por eso tiene la piel azul? La diosa Kali, uno de los avatares de Párvati (esposa de Shiva, madre de Ganesh), pide sacrificios. Algunos dicen que aún se le ofrendan niños. Alguien sale a la defensa de tamaña locura y niega el hecho. Pero uno es necio y va al templo consagrado a la diosa a atestiguar lo inimaginable en ese rito antiquísimo de la adoración a la diosa cuya imagen atemoriza a los occidentales. Ahí están los corderos decapitados al momen-



Varanasi, India



Gente a orillas del Ganges, Varanasi, India, 1890



Red Fort, Old Delhi, India

to, la sangre caliente salta y tiñe el asfalto mugroso, las multitudes se encrispan para saludar a la diosa de imagen terrible, sin embargo ella sólo quiere conquistar el tiempo, conquistar la eternidad. Posa un pie sobre el vientre de Shiva, parece aplastarlo pero las lecturas de los expertos reportan una fuerza guerrera y una conquista. En su templo hay niños, tullidos, leprosos, igual que indios catrines, los saris de colores son el esplendor entre las calles grises de basura y el cielo bajo, humeado, sucio, ácido. Hay algo que apunta al fin del mundo y sin embargo parece estar naciendo. A diferencia de otros países la India permanece virgen al contagio de la aburrida aldea global, ésta es una aldea sucia y llena de encantos. Difícil sortear el lugar común: se detesta la India y sin embargo quedas atrapado por sus mil fascinaciones. La India es una película de Fellini con el sensodrama conectado al cuerpo, estás en lo insólito, la adrenalina trabaja sin cesar. Entramos al hospicio de la madre Teresa de Calcuta. ¿Por qué diablos entrar allí? Pensábamos que sólo era su casa. Había dos ambientes. El de los locos sentaditos en el borde de las camas con la mirada en espiral y labios entreabiertos. En escuadra, el otro salón, para mujeres moribundas. Las camas bajas, casi al nivel del piso. Un cura le susurra algo al oído a una joven abatida, sin movimiento. ¿Le hablará de Cristo o de Shiva? Su esposo la quemó con ácido y es muy probable que no pasará la noche viva. Una joven hermosa, sin vestuario religioso, nos sale al paso. Es española. Le preguntamos si acaso ella conoce el templo de la diosa Kali. No, jamás ha ido. “Trato de venir aquí tres semanas al año y casi nunca vuelvo a cruzar el umbral de este hospicio. Éste es el lugar donde soy verdaderamente feliz. Vengo a lavar ropa” —dice con una mirada lánguida—. No parece importarle tender a la intemperie sus actos samaritanos.

Se escapa de la sala un extraño ruido: me dicen que alguien acaba de morir. Huyo hacia el mercado donde venden incienso, velas, pétalos de flores en charolas de alu-

minio, krishnitas de bronce (miniaturas con sus cambios de ropa, como niños dios para vestirlos de azul y oro). Hay un puesto de *omelettes* en la otra esquina. Son *omelettes* callejeras. Se hace una pequeña cola. Las cajas de huevo se apilan una sobre otra, vacías. Tres mujeres esperan en la cola y atrás, formada también, con una buena educación civil, una vaca que quizá también será complacida en el puesto de huevos recomendado, según reza el letrero, por Lonely Planet.

Un especialista del polvo (como llamó Octavio Paz a la casta de los intocables) me toma el pie. Literalmente me inmoviliza. Me hace un gesto para que le arroje al piso dinero o comida. Cosa extraña, me sonrío. Su actitud no me recuerda a los limosneros de mi país. Me pregunto, quizá con una ingenuidad defensiva, si acaso están más reconciliados. “Ése es su karma, ésa es su vida y no se victimizan”, me dirá días después un profesor indio en un avión de la línea Kingfisher (marca también de una cerveza popular).

Fue en Calcuta donde atravesé por primera vez el Ganges. Éste es el puente más cruzado del mundo, dice Raví Shankar, un guía hispanófilo al que no le para la boca. Por el puente cruza gente delgadísima. Cargan dos o tres veces su peso, llevan cubetas, textiles, fierros, bambúes, sillas, cobijas, rollos y rollos de pasto como para alfombrar los patios del marajá, muñones de árboles, cajas de cartón apiladas, armonios, vegetales que jamás he visto. A la derecha hay un hombre en taparrabos, los calzones se le escurren por su cuerpo frágil, está abajo, a la orilla del río. Reconozco sus movimientos. Hace el saludo al sol en cámara lenta, demoradísimo como un verdadero maestro de la lentitud.

Los hombres escupen en todas partes, se acomodan obsesivamente los testículos bajo las *kurtas* holgadas, se tocan, caminan tomados de la mano pero jamás rozan a una mujer, eso no es tolerado. Sólo entre ellos hay contacto físico. ▮